

V.

La pasión que Clemencia inspiró á Santiago, fué tanto más viva, cuanto que había sido más contrariada. Un capricho sensual, más que un afecto purísimo del alma los unió.

Se amaron con frenesí, con locura, con exclusivismo absoluto, que ponía infranqueable barrera entre el mundo y ellos. Vivieron durante quince días al lado el uno del otro y consagrados enteramente á sí mismos, en la alegre villa del camino de Menton, bajo los naranjos en flor del jardín, entre los divanes forrados de seda del salón morisco.

Por la noche, Santiago se apartaba con pena de las seducciones de aquella mujer y volvía á Beaulieu. Su madre y Julieta no le veían más que algunos instantes por la mañana antes de que se marchase y con profunda tristeza notaba la señora de Vignes, que vuelto al goce de la salud su hijo, empezaba de nuevo su disipada vida, que ya otras veces la había puesto al borde del sepulcro. La pobre señora se atrevió á dirigirle algunas reconvenciones que fueron acogidas por el jóven con una sonrisa. Santiago, ganoso de escapar, abrazó á su madre asegurándola que nunca se había sentido más fuerte, lo que era verdad, y que no tenía por qué inquietarse. Y sin querer escu-

char ni consejos ni ruegos, se fué á la estación para tomar el tren de Monte Carlo. Madre é hija se quedaron, pues, solas y los días pasaron silenciosos y tristes para ellas.

Mientras tanto Santiago gozaba de todos los deleites que habían esterilizado el talento de Pedro Laurier, rebajado su carácter, destruído su valor y hecho del gran artista el hombre impotente, que pedía á la muerte el olvido de su brillante pasado.

Clemencia aparecía ahora para Santiago más peligrosa todavía que para Pedro, porque era sincera, amaba como creía no haber amado nunca. Encontró en aquel hermoso muchacho rubio, algo candoroso, el amante delicado y encantador que, por la ley del contraste, siendo ella morena, había soñado. Le dominó completamente, se apoderó de él hasta el punto de que el jóven no tenía un pensamiento que no le fuera dedicado, ni un deseo que no estuviese inspirado por ella. Fué el encanto completo que lleva el amor hasta la médula de los huesos, hasta las fibras del corazón, en una palabra, que domina todo el ser. Clemencia se convirtió en el satánico tentador de aquel infortunado que se hallaba en el colmo de la dicha y no medía la profundidad del abismo en que se encontraba,

Entregados por completo á la amorosa em-

briaguez que de ellos se había apoderado, les sorprendió la época fijada para la marcha y no pudiendo soportar ella la idea de separarse de Santiago, hizo sus preparativos para regresar á París. Sentían en verdad abandonar aquel delicioso país, creado para el amor; pero se consolaron pensando que en la gran ciudad tendrían aún más facilidad de ser el uno del otro, no separándose apenas, si así era su deseo.

La llegada á París produjo en ellos un efecto muy diferente. Santiago sintió una profunda alegría volviendo á la ciudad que durante su mal había temido no ver de nuevo. La aglomeración de gente en las calles y la animación de los transeuntes le absorbieron de tal modo que él, que acababa de abandonar un clima magnífico y maravillosos paisajes, se extasió al contemplar el cielo brumoso de París, las anchas avenidas, y se confesó á sí mismo que nada más bello existía en el mundo. Bajo la acción de tales impresiones, ocupó con delicia su cuarto de soltero.

Clemencia, instalada á su vez en su monumental hotel de la avenida Hoche, recuperó, con su lujo, los pesares de la existencia. En Monte-Carlo vivía con la sencillez de una señora de la clase media; pero en París volvió á ser la soberbia *demi-mondaine* cuyo tren

de casa costaba trescientos mil francos anuales. Tan repentina había sido la transformación que en ella se había operado, que Santiago no la conocía ya. El andar, el tono y el modo de ser de Clemencia habían variado completamente; hablaba poco y con imperio, dando á comprender que era la mujer armada para la batalla de la vida y que se hallaba siempre en guardia para no ser ni sorprendida ni vencida.

Demostró á Santiago una gran ternura y le declaró que era su dueño y que todo lo subordinaba ella á sus deseos. Más el hecho solo de decirselo, testificaba, con bastante claridad, tal disminución en su influencia sobre él, que el jóven quedó pensativo. Clemencia se dió cuenta de la impresión que había producido y se esforzó en disiparla, manifestándose tierna y amante, apareciendo por un momento la encantadora y sencilla enamorada de los pasados días.

Pero la tranquilidad de espíritu de Santiago cuando se hallaba al lado de su querida, había desaparecido. En la pequeña villa de Monte-Carlo, el jóven podía hacerse la ilusión de que ella á nadie había amado como le amaba á él; aun pero en el suntuoso hotel de todo hablaba de la vida que había llevado Clemencia, en

todo recordaba á sus amantes, desde Selim Nuño, que había pagado la casa, hasta Pedro Laurier, que había pintado el soberbio retrato que adornaba el salón, era imposible que lo siguiera creyendo.

Desde aquel instante se mostró sombrío, inquieto, irritado y su amor aumentó en intensidad, dejando de confiar en la que adoraba.

Se habían prometido no separarse apenas cuando estuviesen en París y se veían menos que antes, no por voluntad de Clemencia, sino porque la existencia no era ya lá misma y porque lás exigencias de su tren de casa la ocupaban con detrimento de su amor. Santiago tomó la costumbre de ir á ver su querida siempre á una misma hora y poco á poco su amor se disciplinó, si así puede decirse. Fué esto grán desgraciá para él, pues en Montecarlo hubiera probablemente llegado pronto al cansancio mientras que los obstáculos que encontraba en París aumentaban su pasión, en vez de disminuirla.

Clemencia, con la sutileza de observación que poseen todas las mujeres, y más que ninguna las que viven de la tontería y de lá vanidad de los hombres, adivinó en seguida lo que pasaba en el espíritu del jóven. Sabía, de larga fecha, que la confianza engendra pronto en los hombres la indiferencia, y que el más

poderoso águjón del amor es la incertidumbre. Al ver á Santiago muy inquieto y en visperas de sentir celos, se propuso tenerle suspenso, dejarle que lo temiera todo, lo esperara todo y lo obtuviera todo, haciendo de este modo que la pasión del jóven llegase al más alto grado de intensidad. Le hizo sufrir con la más refinada malicia, indemnizándole después de sus pesáres con deleites, que de este modo le parecían más vivos.

Taciturno cuando no estaba al lado de Clemencia, Santiago consiguió que su madre experimentase alguna inquietud al ver el enervado entorpecimiento de las facultades de su hijo. El jóven pasaba largas horas tendido en un diván con los ojos fijos en el techo, fumando cigarrillos opiáceos que entorpecían su cerebro, y permanecía en esa actitud sin moverse, sin hablar y como perdido en el sueño producido por el *haschich*. Su salud se conservaba buena, por más que los vivos colores que trájó del Mediodía habían desaparecido y que adelgazaba; pero sus nervios le sostenían vigorosamente y pasaba las noches con extraordinaria alegría, como si la inercia y el silencio le ayudasen á economizar sus fuerzas para el placer.

*Todos los días á las cinco de la tarde iba al círculo, y volvía á las doce de la noche,

cuando no se quedaba con Clemencia. Jugaba mucho y al principio con suerte extraordinaria. El *écarté* le proporcionaba pingues ganancias, habiendo días en que se embolsaba quinientos luises antes de ir á comer, y aquel dinero del juego, tan fácil de ganar, dejaba que se deslizara de sus manos con soberbia indiferencia. Se dió el placer de proveer al lujo de su amada, porque, atormentándole los celos, quería ser el verdadero dueño en casa de la hermosa pecadora. Pero esto no le hizo adquirir más derechos, sino todo lo contrario.

Clemencia estaba reputada como la mujer más cara de París. No supo contentarse con hacerle numerosos regalos de eso que enriquecen á los joyeros, en vez de ofrecerle como antes un ramo de rosas ó de violetas, sino que quiso representar el papel de Júpiter con la Dama de la avenida Hoche, y desde aquel día empezó una vida infernal para él.

El *écarté* no bastó ya á cubrir sus necesidades y el *baccarat* le ofreció un campo más vasto. El juego, que al principio le servía para distraerse, se trocó en pasión, entregándose á él, no solamente por los recursos pecuniarios que le proporcionaba, sino también por las emociones que le producía.

Talló con soberbia impasibilidad que ocultaba devoradoras sensaciones. Tuvo diferen-

cias de cien mil francos, sin que su voz temblase ni se alterase su semblante; pero su sangre hervía interiormente y la excitación de sus nervios era tanto más intensa cuanto más la disimulaba. Cuando después de dos horas de alternativa de pérdidas y de ganancias la suerte le favorecía definitivamente, su cerebro exaltado antes por el deseo del triunfo, se tranquilizaba, produciéndole esto una deliciosa impresión y tales satisfacciones, que le hacían olvidar cuanto no se relacionaba con el juego.

Clemencia no tardó en notar que ocupaba ella sola el corazón de Santiago; pero no tuvo celos porque comprendió que á su rival debía el lujo.

Además se había operado en ella una sensible modificación en sus sentimientos. Los hábitos de galantería recuperaron sus derechos y el afán de sincero cariño que de ella se había apoderado en su soledad de Mediodía, no pudo resistir á las distracciones de París. Volvió á ver á sus amigas y antiguas relaciones y entregada otra vez á los cotidianos placeres, tuvo menos tiempo que consagrar á su amor.

Y aunque por el sistema de resistencia, Santiago la había arrastrado hasta la pasión, como obedecía sin reparo sus caprichos, y sobre todo como pagaba en totalidad sus gastos,

cual pudiera hacerlo cualquier millonario, estaba en visperas de aburrirla. Desde el momento en que no era la fruta vedada, dejaba de ser tentador y—respecto á este punto no era la cómica más perversa que la demás mujeres—toda la responsabilidad de lo que pudiera suceder incumbía á Santiago. Modificó él mismo las condiciones de su intimidad con Clemencia, desconociendo este axioma fundamental de la filosofía galante: El amor de una mujer está en razón directa de los sacrificios que se impone. No teniéndola sujeta por su capricho, estaba á punto de engañarle, pues para Clemencia, como para todas las de su clase, la distancia entre el desamor y la traición era siempre nula. Más aún cuando no le quería ya, no tenía la intención de devolver su libertad á Santiago. Era poco generosa por naturaleza y en París no existía más implacable atormentadora en los hombres, que aquella mujer cuando dejaba de quererles. Á Laurier, le estuvo martirizando un año, y durante este infernal período fué en el que, torturado y degradado á sus propios ojos el artista, pensó en evadirse por medio del suicidio, de las perniciosas redes de Clemencia. Santiago de nada se apercibía aún. La hermosa pecadora, maestra en el arte de engañar á los hombres, le encantaba por la gracia de

su sonrisa, la dulzura de sus palabras y la languidez de sus caricias. El placer que le ofrecía estaba mistificado ya; pero el fraude era tan hábil, que Santiago encontraba en él siempre una deliciosa embriaguez:

El jóven iba muy poco á casa de su madre pues la tristeza que reinaba allí era grande y eso le disgustaba. Á pesar de que no se produjera ningún síntoma característico de la enfermedad que minaba la existencia de Julieta aparecía ésta cada día más pálida y más débil. Sin embargo, por un esfuerzo de voluntad, se mostraba alegre para engañar á la señora de Vignes más el papel que representaba la hija no engañaba á la madre, y ambas componiendo su rostro para hacerse mútuas ilusiones, vivían continuamente entregadas á un secreto pesar.

Los médicos habían declarado que la jóven padecía de anemia, porque á pesar de que ni el corazón ni el pecho estaban dañados, notaban sin embargo gran disminución de fuerzas vitales. Parecía que Santiago se había apoderado del vigor de su hermana, dándole en cambio su debilidad. Y cuantas personas en el año anterior habían observado al hermano, se admiraban y no poco al ver á este entregado á su tempestosa existencia, mientras que Julieta, que en la última primavera gozaba de